Marcos

Predicación de Juan el Bautista
Mateo 3:1–12; Lucas 3:1–9, Lucas 3:15–17; Juan 1:19–28

1 Comienzo del evangelio de Jesucristo.
2 Como está escrito en el profeta Isaías:
«Mira, yo envío a mi mensajero delante de ti,
quien preparará tu camino.
3 Una voz clama en el desierto: "Preparen el
camino del Señor;
hagan rectas sus sendas"».
4 Juan el Bautista apareció en el desierto,
proclamando un bautismo de arrepentimiento
para el perdón de los pecados.
5 Toda la región de Judea y todos los habitantes
de Jerusalén acudían a él y, confesando sus
pecados, eran bautizados por él en el río Jordán.
6 Juan vestía ropa de pelo de camello y llevaba
un cinturón de cuero a la cintura; comía
langostas y miel silvestre.
7 Y proclamaba: «Detrás de mí viene uno más
poderoso que yo, ante quien no soy digno de
agacharme a desatar la correa de sus sandalias.
8 Yo los he bautizado con agua, pero él los
bautizará con el Espíritu Santo».

El bautismo de Jesús
Mateo 3:13–17; Lucas 3:21–22. Testimonio relacionado: Juan 1:29–34

9 En aquellos días, Jesús vino de Nazaret de
Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán.
10 Enseguida, mientras salía del agua, vio que
los cielos se rasgaban y que el Espíritu descendía
sobre él como una paloma.
11 Y vino una voz de los cielos: «Tú eres mi
Hijo amado; en ti me complazco».

Tentación de Jesús
Mateo 4:1–11; Lucas 4:1–13

12 Enseguida el Espíritu lo impulsó al desierto.
13 Estuvo en el desierto cuarenta días, siendo
tentado por Satanás. Estaba entre las fieras, y
los ángeles le servían.

Jesús anuncia el reino de Dios en Galilea
Mateo 4:12–17; Lucas 4:14–15

14 Después de que Juan fue entregado, Jesús
fue a Galilea proclamando el evangelio de Dios
15 y diciendo: «Se ha cumplido el tiempo y se
ha acercado el reino de Dios. Arrepiéntanse y
crean en el evangelio».

Jesús llama a cuatro pescadores
Mateo 4:18–22. Relato relacionado del llamado: Lucas 5:1–11

16 Mientras pasaba junto al mar de Galilea, vio
a Simón y a Andrés, hermano de Simón, echando
las redes en el mar, porque eran pescadores.
17 Jesús les dijo: «Síganme, y haré que sean
pescadores de hombres».
18 Enseguida dejaron las redes y lo siguieron.
19 Un poco más adelante vio a Jacobo, hijo de
Zebedeo, y a su hermano Juan, que también
estaban en una barca, reparando las redes.

20 Enseguida los llamó, y ellos dejaron a su
padre Zebedeo en la barca con los jornaleros y
se fueron detrás de él.

Un hombre que tenía un espíritu inmundo
Lucas 4:31–37

21 Entraron en Capernaúm, y enseguida, el
sábado, Jesús enseñaba en la sinagoga.
22 Se asombraban de su enseñanza, porque les
enseñaba como quien tiene autoridad, y no
como los escribas.
23 En ese momento había en la sinagoga de
ellos un hombre con un espíritu impuro, que
gritó:
24 «¿Qué tienes que ver con nosotros, Jesús
nazareno? ¿Has venido a destruirnos? Sé quién
eres: el Santo de Dios».
25 Jesús lo reprendió, diciendo: «¡Cállate y sal
de él!».
26 El espíritu impuro sacudió violentamente al
hombre y, dando un fuerte grito, salió de él.
27 Todos quedaron asombrados y discutían
entre sí: «¿Qué es esto? ¡Una enseñanza nueva!
Con autoridad manda incluso a los espíritus
impuros, y lo obedecen».
28 Y enseguida su fama se extendió por todas
partes, por toda la región de Galilea.

Jesús sana a la suegra de Pedro
Mateo 8:14–15; Lucas 4:38–39

29 En cuanto salieron de la sinagoga, fueron a
la casa de Simón y de Andrés, con Jacobo y Juan.
30 La suegra de Simón estaba acostada con
fiebre, y enseguida le hablaron de ella.

31 Él se acercó, la tomó de la mano y la levantó.
La fiebre la dejó, y ella se puso a servirles.

Muchos sanados al ponerse el sol
Mateo 8:16–17; Lucas 4:40–41

32 Al atardecer, cuando se puso el sol, le
llevaban a todos los enfermos y a los
endemoniados.
33 Toda la ciudad estaba reunida a la puerta.
34 Él sanó a muchos que padecían diversas
enfermedades y expulsó a muchos demonios;
pero no dejaba hablar a los demonios, porque lo
conocían.

Jesús recorre Galilea predicando
Lucas 4:42–44

35 Muy de madrugada, cuando aún estaba
oscuro, se levantó, salió y se fue a un lugar
solitario; allí oraba.
36 Simón y los que estaban con él salieron a
buscarlo.
37 Lo encontraron y le dijeron: «Todos te están
buscando».
38 Él les dijo: «Vayamos a otro lugar, a los
pueblos vecinos, para que también predique allí,
porque para esto he salido».
39 Y fue por toda Galilea, predicando en sus
sinagogas y expulsando demonios.

Jesús sana a un leproso
Mateo 8:1–4; Lucas 5:12–16

40 Un leproso se acercó a él, suplicándole de
rodillas: «Si quieres, puedes limpiarme».
41 Indignado, extendió la mano, lo tocó y le
dijo: «Quiero; queda limpio».

42 Enseguida la lepra lo dejó y quedó limpio.
43 Jesús lo despidió de inmediato con una
advertencia severa,
44 diciéndole: «Mira, no le digas nada a nadie;
ve, preséntate ante el sacerdote y ofrece por tu
purificación lo que mandó Moisés, para
testimonio ante ellos».
45 Pero él salió y comenzó a proclamarlo
ampliamente y a difundir la noticia, de modo
que Jesús ya no podía entrar abiertamente en
ninguna ciudad. Se quedaba afuera, en lugares
solitarios, y acudían a él de todas partes.

2

Jesús perdona y sana a un paralítico
Mateo 9:1–8; Lucas 5:17–26

1 Después de algunos días, Jesús entró de
nuevo en Capernaúm, y se supo que estaba en
casa.
2 Se reunieron tantos que ya no había espacio,
ni siquiera junto a la puerta, y él les anunciaba
la palabra.
3 Llegaron unos hombres llevándole a un
paralítico, cargado por cuatro.
4 Como no podían llevárselo por causa de la
multitud, destaparon el techo encima de donde
estaba Jesús y, después de abrir un hueco,
bajaron la camilla en la que estaba acostado el
paralítico.
5 Al ver la fe de ellos, Jesús le dijo al paralítico:
«Hijo, tus pecados son perdonados».
6 Allí estaban sentados algunos escribas, que
pensaban en su corazón:

7 «¿Por qué habla este así? ¡Está blasfemando!
¿Quién puede perdonar pecados sino solo Dios?».
8 Enseguida Jesús percibió en su espíritu que
ellos pensaban de esa manera y les dijo: «¿Por
qué piensan estas cosas en su corazón?
9 ¿Qué es más fácil: decirle al paralítico “Tus
pecados son perdonados”, o decirle “Levántate,
toma tu camilla y camina”?
10 Pero, para que sepan que el Hijo del
Hombre tiene autoridad en la tierra para
perdonar pecados —dijo al paralítico—,
11 a ti te digo: levántate, toma tu camilla y vete
a tu casa».
12 Él se levantó, tomó enseguida la camilla y
salió delante de todos. Todos quedaron
asombrados y glorificaban a Dios, diciendo:
«¡Nunca hemos visto algo así!».

Llamamiento de Leví
Mateo 9:9–13; Lucas 5:27–32

13 Jesús salió de nuevo a la orilla del mar. Toda
la multitud acudía a él, y él les enseñaba.
14 Al pasar, vio a Leví, hijo de Alfeo, sentado en
el puesto de recaudación de impuestos, y le dijo:
«Sígueme». Él se levantó y lo siguió.
15 Mientras Jesús estaba a la mesa en casa de
él, muchos recaudadores de impuestos y
pecadores se sentaron con Jesús y sus discípulos,
porque eran muchos los que lo seguían.
16 Los escribas de los fariseos, al verlo comer
con los pecadores y los recaudadores de
impuestos, decían a sus discípulos: «¿Por qué

come y bebe con los recaudadores de impuestos
y los pecadores?».
17 Al oírlo, Jesús les dijo: «Los sanos no
necesitan médico, sino los enfermos. No he
venido a llamar a justos, sino a pecadores».

La pregunta sobre el ayuno
Mateo 9:14–17; Lucas 5:33–39

18 Los discípulos de Juan y los fariseos estaban
ayunando. Se acercaron y le preguntaron: «¿Por
qué los discípulos de Juan y los discípulos de los
fariseos ayunan, pero tus discípulos no
ayunan?».
19 Jesús les dijo: «¿Acaso pueden ayunar los
invitados de una boda mientras el novio está
con ellos? Mientras tienen al novio con ellos, no
pueden ayunar.
20 Pero vendrán días en que les será quitado el
novio; entonces, en aquel día, ayunarán.
21 Nadie cose un remiendo de tela sin encoger
sobre una prenda vieja; de lo contrario, el
remiendo nuevo tira de la tela vieja y la rotura
se hace peor.
22 Y nadie echa vino nuevo en odres viejos; de
lo contrario, el vino revienta los odres, y se
pierden tanto el vino como los odres. El vino
nuevo se echa en odres nuevos».

Los discípulos recogen espigas en el día de reposo
Mateo 12:1–8; Lucas 6:1–5

23 Un sábado Jesús pasaba por los sembrados,
y sus discípulos, mientras avanzaban,
comenzaron a arrancar espigas.

24 Los fariseos le decían: «Mira, ¿por qué hacen
en sábado lo que no está permitido?».
25 Él les dijo: «¿Nunca han leído lo que hizo
David cuando tuvo necesidad y sintió hambre, él
y los que estaban con él?
26 ¿Cómo entró en la casa de Dios, en tiempos
del sumo sacerdote Abiatar, comió los panes de
la Presencia, que solo los sacerdotes pueden
comer, y también dio a los que estaban con él?».
27 Y les decía: «El sábado fue hecho para el
hombre, y no el hombre para el sábado.
28 Por tanto, el Hijo del Hombre es Señor
también del sábado».

3

El hombre de la mano seca
Mateo 12:9–14; Lucas 6:6–11

1 Jesús entró de nuevo en una sinagoga. Había
allí un hombre que tenía una mano seca.
2 Lo vigilaban para ver si lo sanaba en sábado,
a fin de acusarlo.
3 Él dijo al hombre que tenía la mano seca:
«Levántate y ponte en medio».
4 Luego les preguntó: «¿Está permitido en
sábado hacer el bien o hacer el mal, salvar una
vida o matar?». Pero ellos guardaban silencio.
5 Los miró alrededor con enojo, entristecido
por la dureza de su corazón, y dijo al hombre:
«Extiende la mano». Él la extendió, y su mano
quedó restaurada.
6 Los fariseos salieron y enseguida
comenzaron a deliberar con los herodianos
contra Jesús, para ver cómo matarlo.

La multitud a la orilla del mar
Resúmenes relacionados de su actividad: Mateo 12:15–21; Lucas 6:17–19

7 Jesús se retiró con sus discípulos hacia el
mar, y una gran multitud de Galilea lo siguió.
También de Judea,
8 de Jerusalén, de Idumea, del otro lado del
Jordán y de los alrededores de Tiro y Sidón
acudió a él una gran multitud, al oír todo lo que
hacía.
9 Dijo a sus discípulos que le tuvieran
preparada una pequeña barca, para que la
multitud no lo apretujara.
10 Porque había sanado a muchos, de modo
que cuantos padecían enfermedades se le
echaban encima para tocarlo.
11 Los espíritus impuros, cuando lo veían, se
postraban ante él y gritaban: «¡Tú eres el Hijo de
Dios!».
12 Pero él les ordenaba con firmeza que no lo
dieran a conocer.

Elección de los doce apóstoles
Mateo 10:1–4; Lucas 6:12–16

13 Jesús subió al monte y llamó a los que él
quiso; ellos se acercaron a él.
14 Designó a doce para que estuvieran con él y
para enviarlos a predicar
15 y para que tuvieran autoridad para
expulsar demonios.
16 Designó a los Doce: a Simón, a quien puso el
nombre de Pedro;

17 a Jacobo, hijo de Zebedeo, y a Juan,
hermano de Jacobo, a quienes puso el nombre
de Boanerges, que significa Hijos del Trueno;
18 a Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás,
Jacobo hijo de Alfeo, Tadeo, Simón el Zelote
19 y Judas Iscariote, el que lo entregó.

Los suyos intentan llevarse a Jesús

20 Jesús entró en una casa, y de nuevo se
reunió la multitud, de modo que ni siquiera
podían comer.
21 Cuando los suyos se enteraron, salieron para
llevárselo, porque decían: «Está fuera de sí».

La acusación de los escribas y la respuesta de Jesús

Mateo 12:22–32; Lucas 11:14–23. Advertencia relacionada: Lucas 12:10

22 Los escribas que habían bajado de Jerusalén
decían: «Tiene a Beelzebul», y: «Expulsa los
demonios por medio del príncipe de los
demonios».
23 Jesús los llamó y les hablaba en parábolas:
«¿Cómo puede Satanás expulsar a Satanás?
24 Si un reino está dividido contra sí mismo,
ese reino no puede mantenerse en pie.
25 Y si una casa está dividida contra sí misma,
esa casa no podrá mantenerse en pie.
26 Si Satanás se ha levantado contra sí mismo
y se ha dividido, no puede mantenerse en pie,
sino que ha llegado su fin.
27 Pero nadie puede entrar en la casa de un
hombre fuerte y saquear sus bienes si primero

no ata al hombre fuerte. Entonces podrá
saquear su casa.

El perdón y la blasfemia contra el Espíritu Santo

28 En verdad les digo que a los seres humanos
se les perdonarán todos los pecados y todas las
blasfemias que pronuncien.
29 Pero quien blasfeme contra el Espíritu Santo
no tiene perdón jamás, sino que es culpable de
un pecado eterno».
30 Esto lo dijo porque decían: «Tiene un espíritu
impuro».

La madre y los hermanos de Jesús
Mateo 12:46–50; Lucas 8:19–21

31 Llegaron su madre y sus hermanos y,
quedándose afuera, mandaron a llamarlo.
32 Una multitud estaba sentada a su alrededor,
y le dijeron: «Mira, tu madre y tus hermanos
están afuera y te buscan».
33 Él les respondió: «¿Quién es mi madre, o
quiénes son mis hermanos?».
34 Y, mirando a los que estaban sentados en
círculo a su alrededor, dijo: «Aquí están mi madre
y mis hermanos.
35 Porque quien hace la voluntad de Dios, ese
es mi hermano, mi hermana y mi madre».

4

Parábola del sembrador
Mateo 13:1–23; Lucas 8:4–15

1 De nuevo comenzó a enseñar junto al mar. Se
reunió a su alrededor una multitud tan grande
que él subió a una barca y se sentó en ella, en el

mar, mientras toda la multitud permanecía en
tierra, junto al mar.
2 Les enseñaba muchas cosas por medio de
parábolas, y en su enseñanza les decía:
3 «¡Escuchen! Miren: el sembrador salió a
sembrar.
4 Mientras sembraba, una parte de la semilla
cayó junto al camino; vinieron las aves y se la
comieron.
5 Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde
no había mucha tierra, y brotó enseguida
porque la tierra no era profunda.
6 Pero cuando salió el sol, se quemó y, como no
tenía raíz, se secó.
7 Otra parte cayó entre los espinos. Los
espinos crecieron y la ahogaron, y no dio fruto.
8 Pero otras semillas cayeron en buena tierra y
fueron dando fruto: crecían y se desarrollaban,
y producían treinta, sesenta y cien por uno».
9 Y decía: «El que tiene oídos para oír, que
oiga».

La comprensión del reino y la respuesta de los oyentes

10 Cuando quedó a solas, los que estaban a su
alrededor, junto con los Doce, le preguntaban
acerca de las parábolas.
11 Él les decía: «A ustedes les ha sido dado el
misterio del reino de Dios; pero para los de
afuera todo se presenta en parábolas,
12 para que miren y miren, pero no perciban;
oigan y oigan, pero no entiendan;
no sea que se vuelvan y sean perdonados».

Jesús explica la parábola del sembrador

13 Y les dijo: «¿No comprenden esta parábola?
¿Cómo comprenderán entonces todas las
parábolas?
14 El sembrador siembra la palabra.
15 Estos son los de junto al camino, donde se
siembra la palabra: cuando la oyen, enseguida
viene Satanás y quita la palabra sembrada en
ellos.
16 Del mismo modo, estos son los sembrados
en terreno pedregoso: cuando oyen la palabra,
enseguida la reciben con alegría,
17 pero no tienen raíz en sí mismos y duran
poco tiempo. Cuando llega la aflicción o la
persecución por causa de la palabra, enseguida
tropiezan.
18 Otros son los sembrados entre los espinos:
estos son los que han oído la palabra,
19 pero las preocupaciones de esta era, el
engaño de las riquezas y los deseos de las demás
cosas entran y ahogan la palabra, y esta queda
sin fruto.
20 Y estos son los sembrados en buena tierra:
los que oyen la palabra, la aceptan y dan fruto,
treinta, sesenta y cien por uno».

Nada oculto que no haya de ser manifestado
Lucas 8:16–18

21 También les decía: «¿Acaso se trae una
lámpara para ponerla debajo de una canasta o
debajo de la cama? ¿No es para ponerla sobre el
candelero?

22 Pues nada está oculto sino para ser
manifestado, ni se ha escondido nada sino para
salir a la luz.
23 Si alguno tiene oídos para oír, que oiga».
24 Y les decía: «Presten atención a lo que oyen.
Con la medida con que midan se les medirá, y se
les añadirá aún más.
25 Porque al que tiene se le dará; y al que no
tiene, aun lo que tiene le será quitado».

Parábola del crecimiento de la semilla

26 También decía: «El reino de Dios es como
cuando un hombre esparce la semilla en la
tierra.
27 Duerme y se levanta, de noche y de día, y la
semilla brota y crece sin que él sepa cómo.
28 La tierra da fruto por sí sola: primero el
brote, después la espiga y luego el grano
maduro en la espiga.
29 Y cuando el fruto está listo, enseguida mete
la hoz, porque ha llegado la cosecha».

Parábola de la semilla de mostaza
Mateo 13:31–32; Lucas 13:18–19.

30 También decía: «¿Con qué compararemos el
reino de Dios? ¿Con qué parábola lo
representaremos?
31 Es como un grano de mostaza que, cuando
se siembra en la tierra, es más pequeño que
todas las semillas que hay en la tierra;
32 pero, una vez sembrado, crece y se hace
más grande que todas las plantas del huerto, y
echa ramas tan grandes que las aves del cielo
pueden anidar bajo su sombra».

El uso que Jesús hace de las parábolas
Mateo 13:34–35.

33 Con muchas parábolas como estas les
hablaba la palabra, según lo que podían oír.
34 Sin parábolas no les hablaba, pero en
privado les explicaba todo a sus propios
discípulos.

Jesús calma la tempestad
Mateo 8:23–27; Lucas 8:22–25.

35 Ese mismo día, al atardecer, les dijo:
«Pasemos al otro lado».
36 Dejaron a la multitud y se lo llevaron tal
como estaba en la barca. También había otras
barcas con él.
37 Se levantó una gran tempestad de viento, y
las olas entraban en la barca, de modo que ya se
estaba llenando.
38 Él estaba en la popa, durmiendo sobre una
almohada. Lo despertaron y le dijeron:
«Maestro, ¿no te importa que perezcamos?».
39 Al despertar, reprendió al viento y dijo al
mar: «¡Calla! ¡Enmudece!». El viento cesó y
sobrevino una gran calma.
40 Entonces les dijo: «¿Por qué tienen miedo?
¿Todavía no tienen fe?».
41 Ellos sintieron un gran temor y se decían
unos a otros: «¿Quién es este, que hasta el viento
y el mar lo obedecen?».

5

Jesús libera a un hombre en la región de los gerasenos
Mateo 8:28–34; Lucas 8:26–39.

1 Llegaron al otro lado del mar, a la región de
los gerasenos.
2 En cuanto él bajó de la barca, salió de entre
los sepulcros a su encuentro un hombre con un
espíritu inmundo.
3 Este vivía entre los sepulcros, y ya nadie
podía atarlo, ni siquiera con una cadena.
4 Muchas veces lo habían atado con grilletes y
cadenas, pero él había roto las cadenas y
destrozado los grilletes. Nadie tenía fuerza para
dominarlo.
5 Continuamente, de noche y de día, estaba
entre los sepulcros y en los montes, gritando e
hiriéndose con piedras.
6 Al ver a Jesús de lejos, corrió y se postró ante
él.
7 Y gritó con voz fuerte: «¿Qué tienes que ver
conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? ¡Te
conjuro por Dios que no me atormentes!».
8 Pues le decía: «Espíritu inmundo, sal de este
hombre».
9 Entonces le preguntó: «¿Cómo te llamas?». Él
respondió: «Me llamo Legión, porque somos
muchos».
10 Y le rogaba insistentemente que no los
enviara fuera de aquella región.
11 Había allí, junto al monte, una gran manada
de cerdos que estaba pastando.
12 Le rogaron: «Envíanos a los cerdos para que
entremos en ellos».
13 Él se lo permitió. Los espíritus inmundos
salieron y entraron en los cerdos; la manada, de
unos dos mil cerdos, se precipitó por el

despeñadero al mar. Allí se ahogaron.
14 Los que los cuidaban huyeron y lo contaron
en la ciudad y en los campos. La gente fue a ver
lo que había sucedido.
15 Llegaron a Jesús y vieron al que había
estado endemoniado, al que había tenido la
legión, sentado, vestido y en su sano juicio. Y
tuvieron miedo.
16 Los que lo habían visto les contaron lo
sucedido al endemoniado y lo de los cerdos.
17 Entonces comenzaron a rogarle que se
fuera de su territorio.
18 Al subir él a la barca, el que había estado
endemoniado le rogaba que le permitiera estar
con él.
19 Él no se lo permitió, sino que le dijo: «Ve a
tu casa, a los tuyos, y cuéntales todo lo que el
Señor ha hecho por ti y cómo ha tenido
misericordia de ti».
20 El hombre se fue y comenzó a proclamar en
Decápolis todo lo que Jesús había hecho por él. Y
todos se asombraban.

La hija de Jairo, y la mujer que tocó el manto de Jesús
Mateo 9:18–26; Lucas 8:40–56.

21 Cuando Jesús cruzó de nuevo en la barca al
otro lado, se reunió a su alrededor una gran
multitud. Él estaba junto al mar.
22 Llegó uno de los dirigentes de la sinagoga,
llamado Jairo. Al verlo, cayó a sus pies
23 y le rogaba insistentemente: «Mi hijita está
agonizando. Ven y pon las manos sobre ella
para que sea sanada y viva».

24 Se fue con él, y una gran multitud lo seguía
y lo apretujaba.
25 Había una mujer que llevaba doce años
padeciendo un flujo de sangre.
26 Había sufrido mucho con muchos médicos y
había gastado todo lo que tenía, sin mejorar en
nada; al contrario, había empeorado.
27 Al oír hablar de Jesús, se acercó por detrás
entre la multitud y tocó su manto.
28 Pues decía: «Si tan solo toco su ropa,
quedaré sana».
29 Enseguida se detuvo su flujo de sangre y
notó en su cuerpo que había sido sanada de
aquel mal.
30 Al instante, Jesús percibió en sí mismo que
había salido poder de él. Se volvió entre la
multitud y preguntó: «¿Quién ha tocado mi
ropa?».
31 Sus discípulos le decían: «Ves que la
multitud te apretuja, y preguntas: "¿Quién me ha
tocado?"».
32 Pero él miraba a su alrededor para ver a la
que lo había hecho.
33 Entonces la mujer, asustada y temblando,
sabiendo lo que le había ocurrido, se acercó, se
postró ante él y le contó toda la verdad.
34 Él le dijo: «Hija, tu fe te ha sanado. Ve en paz
y queda sana de tu mal».

35 Mientras él aún hablaba, llegaron de casa
del dirigente de la sinagoga y dijeron: «Tu hija
ha muerto. ¿Para qué sigues molestando al
Maestro?».

36 Jesús, sin hacer caso de lo que se decía, le
dijo al dirigente de la sinagoga: «No temas; solo
cree».
37 Y no permitió que nadie lo acompañara,
excepto Pedro, Jacobo y Juan, el hermano de
Jacobo.
38 Llegaron a la casa del dirigente de la
sinagoga, y él vio el alboroto y a los que lloraban
y daban grandes lamentos.
39 Entró y les dijo: «¿Por qué hacen alboroto y
lloran? La niña no ha muerto, sino que
duerme».
40 Y se burlaban de él. Pero él hizo salir a
todos, tomó al padre y a la madre de la niña y a
los que estaban con él, y entró donde estaba la
niña.
41 La tomó de la mano y le dijo: «Talita cum»,
que traducido significa: «Niña, a ti te digo,
levántate».
42 Enseguida la niña se levantó y comenzó a
caminar, pues tenía doce años. Y al instante
quedaron sobrecogidos de un gran asombro.
43 Él les ordenó con insistencia que nadie se
enterara de esto, y dijo que le dieran de comer.

6

Jesús en Nazaret
Mateo 13:53–58. Relato relacionado en Nazaret: Lucas 4:16–30.

1 Jesús salió de allí y fue a su tierra, y sus
discípulos lo seguían.
2 Cuando llegó el sábado, comenzó a enseñar
en la sinagoga. Muchos de los que lo escuchaban

se asombraban y decían: «¿De dónde le vienen
estas cosas? ¿Qué sabiduría es esta que se le ha
dado? ¿Y estos milagros que se hacen por sus
manos?
3 ¿No es este el carpintero, el hijo de María y
hermano de Jacobo, de Josés, de Judas y de
Simón? ¿No están aquí con nosotros sus
hermanas?». Y tropezaban por causa de él.
4 Jesús les decía: «Un profeta recibe honra en
todas partes, excepto en su propia tierra, entre
sus parientes y en su casa».
5 No pudo hacer allí ningún milagro, salvo
sanar a unos pocos enfermos imponiéndoles las
manos.
6 Y se asombraba de su incredulidad. Luego
recorría las aldeas de alrededor enseñando.

Misión de los doce discípulos
Mateo 10:5–15; Lucas 9:1–6.
7 Llamó a los Doce y comenzó a enviarlos de
dos en dos, dándoles autoridad sobre los espíritus
impuros.
8 Les mandó que no llevaran nada para el
camino, excepto un bastón: ni pan, ni bolsa, ni
dinero en el cinturón;
9 que calzaran sandalias, pero que no se
pusieran dos túnicas.
10 Les decía: «Cuando entren en una casa,
quédense allí hasta que se vayan de ese lugar.
11 Si algún lugar no los recibe ni los escucha, al
salir de allí sacúdanse el polvo que tienen
debajo de los pies, como testimonio ante ellos».
12 Ellos salieron y proclamaron que la gente se
arrepintiera.

13 Expulsaban muchos demonios, ungían con
aceite a muchos enfermos y los sanaban.

Muerte de Juan el Bautista
Mateo 14:1–12. Reacción de Herodes: Lucas 9:7–9.

14 El rey Herodes oyó hablar de Jesús, porque
su nombre se había hecho conocido. Algunos
decían: «Juan el Bautista ha resucitado de entre
los muertos, y por eso actúan en él estos
poderes».
15 Otros decían: «Es Elías». Y otros: «Es un
profeta como uno de los profetas».
16 Pero Herodes, al oírlo, decía: «Juan, a quien
yo decapité, ha resucitado».

El encarcelamiento y la muerte de Juan

17 Porque el propio Herodes había mandado
apresar a Juan y lo había encadenado en la
cárcel por causa de Herodías, esposa de su
hermano Felipe, pues se había casado con ella.
18 Juan le decía a Herodes: «No te está
permitido tener a la esposa de tu hermano».
19 Herodías le guardaba rencor y quería
matarlo, pero no podía,
20 porque Herodes temía a Juan, sabiendo que
era un hombre justo y santo, y lo protegía. Al
escucharlo, quedaba muy perplejo, pero lo oía
con gusto.
21 Llegó un día oportuno: Herodes, en su
cumpleaños, ofreció una cena a sus altos
funcionarios, a los comandantes militares y a los
principales de Galilea.

22 Entró la hija de la propia Herodías y bailó,
agradando a Herodes y a los que estaban con él
a la mesa. El rey dijo a la muchacha: «Pídeme lo
que quieras, y te lo daré».
23 Y le juró: «Cualquier cosa que me pidas te la
daré, hasta la mitad de mi reino».
24 Ella salió y preguntó a su madre: «¿Qué
debo pedir?». Ella respondió: «La cabeza de
Juan el Bautista».
25 Enseguida la muchacha entró de prisa ante
el rey y pidió: «Quiero que ahora mismo me des
en una bandeja la cabeza de Juan el Bautista».
26 El rey se entristeció profundamente, pero,
por los juramentos y por los que estaban a la
mesa, no quiso negárselo.
27 Enseguida envió a un verdugo con la orden
de traer la cabeza de Juan. Él fue y lo decapitó
en la cárcel,
28 trajo su cabeza en una bandeja y se la dio a
la muchacha; la muchacha se la dio a su madre.
29 Cuando sus discípulos se enteraron, fueron,
recogieron su cadáver y lo pusieron en un
sepulcro.

Alimentación de los cinco mil
Mateo 14:13–21; Lucas 9:10–17; Juan 6:1–14.

30 Los apóstoles se reunieron con Jesús y le
contaron todo lo que habían hecho y todo lo que
habían enseñado.
31 Él les dijo: «Vengan ustedes solos a un lugar
solitario y descansen un poco». Porque eran
tantos los que iban y venían que ni siquiera
tenían tiempo para comer.

32 Se fueron en la barca a un lugar solitario, a
solas.
33 Pero muchos los vieron irse y los
reconocieron. De todas las ciudades corrieron
juntos a pie hasta allí y llegaron antes que ellos.
34 Al desembarcar, Jesús vio una gran multitud
y tuvo compasión de ellos, porque eran como
ovejas sin pastor. Y comenzó a enseñarles
muchas cosas.
35 Como ya era muy tarde, sus discípulos se
acercaron a él y le dijeron: «Este es un lugar
solitario y ya es muy tarde.
36 Despídelos, para que vayan a los campos y
aldeas de alrededor y compren algo de comer».
37 Él les respondió: «Denles ustedes de comer».
Ellos le dijeron: «¿Vamos a comprar pan por el
equivalente al salario de varios meses y darles
de comer?».
38 Él les preguntó: «¿Cuántos panes tienen?
Vayan a ver». Después de averiguarlo, le
dijeron: «Cinco, y dos peces».
39 Entonces les mandó que hicieran sentar a
todos por grupos sobre la hierba verde.
40 Se sentaron en grupos de cien y de
cincuenta.
41 Jesús tomó los cinco panes y los dos peces,
levantó la mirada al cielo y pronunció la
bendición. Luego partió los panes y se los iba
dando a sus discípulos para que los sirvieran;
también repartió los dos peces entre todos.
42 Todos comieron y quedaron satisfechos.
43 Recogieron doce canastas llenas de pedazos,
y también lo que sobró de los peces.

44 Los que habían comido los panes eran cinco
mil hombres.

Jesús anda sobre el mar
Mateo 14:22–33; Juan 6:15–21.

45 Enseguida hizo que sus discípulos subieran
a la barca y fueran delante de él a la otra orilla,
hacia Betsaida, mientras él despedía a la
multitud.
46 Después de despedirse de ellos, se fue al
monte a orar.
47 Al anochecer, la barca estaba en medio del
mar, y él estaba solo en tierra.
48 Al verlos remar con dificultad, porque el
viento les era contrario, cerca de las tres de la
madrugada fue hacia ellos caminando sobre el
mar. Y quería pasar de largo junto a ellos.
49 Ellos, al verlo caminar sobre el mar,
pensaron que era un fantasma y gritaron,
50 porque todos lo vieron y se asustaron. Pero
enseguida él les habló y les dijo: «¡Tengan ánimo!
Soy yo; no tengan miedo».
51 Subió con ellos a la barca, y el viento se
calmó. Ellos estaban completamente
asombrados,
52 porque no habían comprendido lo de los
panes, sino que tenían el corazón endurecido.

Jesús sana a los enfermos en Genesaret
Mateo 14:34–36.

53 Después de cruzar, llegaron a tierra de
Genesaret y amarraron la barca.
54 En cuanto bajaron de la barca, la gente lo
reconoció

55 y recorrió de prisa toda aquella región.
Comenzaron a llevar a los enfermos en camillas
adonde oían que él estaba.
56 Dondequiera que entraba, en aldeas,
ciudades o campos, ponían a los enfermos en las
plazas y le rogaban que les permitiera tocar
siquiera el borde de su manto. Y todos los que lo
tocaban quedaban sanos.

7

Lo que contamina al hombre
Mateo 15:1–20.

1 Los fariseos y algunos escribas que habían
venido de Jerusalén se reunieron alrededor de
Jesús.
2 Vieron que algunos de sus discípulos comían
pan con manos impuras, es decir, sin lavar.
3 Porque los fariseos y todos los judíos no
comen sin lavarse cuidadosamente las manos,
aferrándose a la tradición de los ancianos;
4 y, al volver del mercado, no comen sin
lavarse. También han recibido muchas otras
prácticas que observan, como lavar vasos, jarras,
recipientes de bronce y divanes.
5 Los fariseos y los escribas le preguntaron:
«¿Por qué tus discípulos no viven conforme a la
tradición de los ancianos, sino que comen pan
con manos impuras?».
6 Él les dijo: «Bien profetizó Isaías acerca de
ustedes, hipócritas, como está escrito:
“Este pueblo me honra con los labios, pero su
corazón está lejos de mí.

7 En vano me adoran, enseñando como doctrinas
mandamientos humanos”.
8 Dejan el mandamiento de Dios y se aferran a
la tradición humana».
9 También les decía: «¡Qué bien rechazan el
mandamiento de Dios para conservar su
tradición!
10 Porque Moisés dijo: “Honra a tu padre y a tu
madre”, y: “El que maldiga a su padre o a su
madre debe morir”.
11 Pero ustedes dicen que, si alguien declara a
su padre o a su madre: “Es corbán —es decir,
ofrenda— todo aquello con lo que yo pudiera
ayudarte”,
12 ya no le permiten hacer nada por su padre o
por su madre,
13 anulando la palabra de Dios por la tradición
que han transmitido. Y hacen muchas cosas
semejantes a estas».

La contaminación que procede del corazón

14 Jesús llamó de nuevo a la multitud y les
dijo: «Escúchenme todos y entiendan.
15 Nada que entre en una persona desde
afuera puede contaminarla; son las cosas que
salen de la persona las que la contaminan.
16 [Si alguien tiene oídos para oír, que oiga».]

Jesús explica la enseñanza a sus discípulos

17 Cuando dejó a la multitud y entró en una
casa, sus discípulos le preguntaron por la
parábola.
18 Él les dijo: «¿También ustedes tienen tan
poco entendimiento? ¿No comprenden que nada

que entra en una persona desde afuera puede
contaminarla,
19 porque no entra en su corazón, sino en su
vientre, y sale a la letrina?». Con esto declaraba
limpios todos los alimentos.
20 Y decía: «Lo que sale de la persona, eso es lo
que la contamina.
21 Porque de adentro, del corazón de los seres
humanos, salen los malos pensamientos, las
inmoralidades sexuales, los robos, los
homicidios,
22 los adulterios, las codicias, las maldades, el
engaño, el desenfreno, la envidia, la blasfemia,
la soberbia y la insensatez.
23 Todas estas maldades salen de adentro y
contaminan a la persona».

La fe de la mujer sirofenicia
Mateo 15:21–28.

24 Jesús salió de allí y se fue a la región de Tiro.
Entró en una casa y no quería que nadie lo
supiera, pero no pudo pasar inadvertido.
25 Enseguida una mujer cuya hijita tenía un
espíritu impuro oyó hablar de él, vino y se postró
a sus pies.
26 La mujer era griega, sirofenicia de
nacimiento, y le rogaba que expulsara al
demonio de su hija.
27 Él le decía: «Deja que primero se sacien los
hijos, porque no está bien tomar el pan de los
hijos y echárselo a los perritos».

28 Ella le respondió: «Sí, Señor; también los
perritos debajo de la mesa comen de las migajas
de los niños».
29 Él le dijo: «Por esta respuesta, vete; el
demonio ha salido de tu hija».
30 Ella volvió a su casa y encontró a la niña
acostada en la cama y al demonio fuera de ella.

Jesús sana a un hombre sordo con dificultad para hablar
Resumen de sanidades relacionado: Mateo 15:29–31.

31 Jesús salió de nuevo de la región de Tiro y
fue por Sidón hasta el mar de Galilea, pasando
por la región de Decápolis.
32 Le llevaron a un sordo que tenía dificultad
para hablar y le rogaron que pusiera la mano
sobre él.
33 Jesús lo apartó de la multitud, a solas, le
metió los dedos en los oídos y, después de
escupir, le tocó la lengua.
34 Levantó la mirada al cielo, suspiró y le dijo:
«Efatá», que significa: «Ábrete».
35 Sus oídos se abrieron, y enseguida se desató
la atadura de su lengua y hablaba con claridad.
36 Jesús les ordenó que no se lo dijeran a
nadie; pero cuanto más se lo ordenaba, mucho
más lo proclamaban.
37 Quedaban completamente asombrados y
decían: «Todo lo ha hecho bien. Hace oír a los
sordos y hablar a los mudos».

8

Alimentación de los cuatro mil
Mateo 15:32–39.

1 En aquellos días volvió a reunirse una gran
multitud, y no tenían qué comer. Jesús llamó a
los discípulos y les dijo:
2 «Tengo compasión de esta gente, porque ya
llevan tres días conmigo y no tienen qué comer.
3 Si los mando a sus casas en ayunas,
desfallecerán en el camino; algunos de ellos han
venido de lejos».
4 Sus discípulos le respondieron: «¿De dónde
podría alguien conseguir pan para saciar a estos
aquí, en un lugar desierto?».
5 Él les preguntó: «¿Cuántos panes tienen?».
Ellos respondieron: «Siete».
6 Mandó a la multitud que se sentara en el
suelo. Tomó los siete panes, dio gracias, los
partió y se los iba dando a sus discípulos para
que los sirvieran; ellos los sirvieron a la
multitud.
7 Tenían también unos pocos peces pequeños.
Después de bendecirlos, dijo que también los
sirvieran.
8 Comieron y quedaron satisfechos, y
recogieron siete canastas grandes con los
pedazos que sobraron.
9 Eran unos cuatro mil. Luego los despidió.
10 Enseguida subió a la barca con sus
discípulos y fue a la región de Dalmanuta.

La demanda de una señal
Mateo 16:1–4. Enseñanza relacionada sobre discernir el tiempo: Lucas 12:54–56.

11 Los fariseos salieron y comenzaron a
discutir con él. Para ponerlo a prueba, le pedían
una señal del cielo.
12 Él suspiró profundamente en su espíritu y
dijo: «¿Por qué pide una señal esta generación?
En verdad les digo que no se le dará ninguna
señal a esta generación».
13 Los dejó, volvió a subir a la barca y se fue a
la otra orilla.

La levadura de los fariseos y de Herodes
Mateo 16:5–12.

14 Los discípulos se habían olvidado de llevar
panes y solo tenían uno consigo en la barca.
15 Jesús les advertía: «¡Estén atentos! Cuídense
de la levadura de los fariseos y de la levadura de
Herodes».
16 Ellos discutían entre sí porque no tenían
pan.
17 Jesús, al darse cuenta, les dijo: «¿Por qué
discuten porque no tienen pan? ¿Todavía no
perciben ni entienden? ¿Aún tienen endurecido
el corazón?
18 ¿Tienen ojos y no ven, y tienen oídos y no
oyen? ¿No recuerdan
19 cuando partí los cinco panes para los cinco
mil? ¿Cuántas canastas llenas de pedazos
recogieron?». Le respondieron: «Doce».
20 «Y cuando partí los siete para los cuatro mil,
¿cuántas canastas grandes llenas de pedazos
recogieron?». Le respondieron: «Siete».

21 Él les decía: «¿Todavía no entienden?».

Un ciego sanado en Betsaida

22 Llegaron a Betsaida. Le llevaron a un ciego
y le rogaron que lo tocara.
23 Él tomó al ciego de la mano y lo sacó fuera
de la aldea. Después de escupirle en los ojos y
ponerle las manos encima, le preguntó: «¿Ves
algo?».
24 Él levantó la mirada y dijo: «Veo a las
personas; las veo como árboles que caminan».
25 Entonces Jesús volvió a poner las manos
sobre sus ojos. El hombre miró fijamente,
recuperó la vista y veía todo con claridad.
26 Jesús lo envió a su casa, diciéndole: «Ni
siquiera entres en la aldea».

La confesión de Pedro
Mateo 16:13–20; Lucas 9:18–21

27 Jesús y sus discípulos salieron hacia las
aldeas de Cesarea de Filipo. En el camino
preguntaba a sus discípulos: «¿Quién dice la
gente que soy yo?».
28 Ellos le respondieron: «Juan el Bautista;
otros dicen Elías, y otros, uno de los profetas».
29 Él les preguntó: «Y ustedes, ¿quién dicen que
soy yo?». Pedro le respondió: «Tú eres el Cristo».
30 Y les ordenó con firmeza que no hablaran
de él a nadie.

Jesús anuncia su muerte y resurrección
Mateo 16:21–23; Lucas 9:22

31 Comenzó a enseñarles que el Hijo del
Hombre debía sufrir mucho, ser rechazado por

los ancianos, los principales sacerdotes y los
escribas, ser muerto y resucitar después de tres
días.
32 Les hablaba de esto abiertamente. Pedro lo
llevó aparte y comenzó a reprenderlo.
33 Pero él se volvió, miró a sus discípulos y
reprendió a Pedro, diciendo: «¡Ponte detrás de
mí, Satanás! Porque no piensas en las cosas de
Dios, sino en las de los seres humanos».

El costo y la esperanza de seguir a Jesús
Mateo 16:24–28; Lucas 9:23–27

34 Llamó a la multitud junto con sus discípulos
y les dijo: «Si alguien quiere venir en pos de mí,
que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me
siga.
35 Porque quien quiera salvar su vida la
perderá; pero quien pierda su vida por causa de
mí y del evangelio la salvará.
36 ¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo
entero y perder su alma?
37 Pues ¿qué podría dar el hombre a cambio de
su alma?
38 Porque quien se avergüence de mí y de mis
palabras en esta generación adúltera y pecadora,
también el Hijo del Hombre se avergonzará de él
cuando venga en la gloria de su Padre con los
santos ángeles».

9

1 También les decía: «En verdad les digo que
algunos de los que están aquí no probarán la
muerte hasta que vean el reino de Dios llegado
con poder».

La transfiguración
Mateo 17:1–13; Lucas 9:28–36

2 Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a
Jacobo y a Juan y los llevó aparte, solos, a un
monte alto. Y se transfiguró delante de ellos.
3 Su ropa se volvió resplandeciente, de una
blancura que ningún lavandero en la tierra
podría lograr.
4 Se les apareció Elías con Moisés, y estaban
conversando con Jesús.
5 Pedro dijo a Jesús: «Rabí, qué bueno es que
estemos aquí. Hagamos tres enramadas: una
para ti, una para Moisés y una para Elías».
6 Porque no sabía qué responder, pues estaban
aterrados.
7 Vino una nube que los cubrió con su sombra,
y de la nube salió una voz: «Este es mi Hijo
amado; escúchenlo».
8 De pronto, al mirar alrededor, ya no vieron a
nadie con ellos, excepto a Jesús solo.
9 Mientras bajaban del monte, les ordenó que
no contaran a nadie lo que habían visto hasta
que el Hijo del Hombre resucitara de entre los
muertos.
10 Ellos guardaron aquello entre sí,
discutiendo qué significaba resucitar de entre
los muertos.
11 Le preguntaron: «¿Por qué dicen los
escribas que Elías debe venir primero?».
12 Él les respondió: «Elías viene primero y
restaura todas las cosas. ¿Y cómo está escrito del
Hijo del Hombre que debe sufrir mucho y ser
despreciado?

13 Pero les digo que Elías ya ha venido, y le
hicieron cuanto quisieron, tal como está escrito
de él».

Jesús sana a un muchacho endemoniado
Mateo 17:14–21; Lucas 9:37–43

14 Cuando llegaron adonde estaban los
discípulos, vieron una gran multitud a su
alrededor y a unos escribas discutiendo con
ellos.
15 Enseguida, al verlo, toda la multitud quedó
asombrada y corrió a saludarlo.
16 Él les preguntó: «¿Qué están discutiendo
entre ustedes?».
17 Uno de la multitud le respondió: «Maestro,
te he traído a mi hijo, que tiene un espíritu mudo.
18 Dondequiera que se apodera de él, lo tira al
suelo; echa espuma, rechina los dientes y se
queda rígido. Les dije a tus discípulos que lo
expulsaran, pero no pudieron».
19 Él les respondió: «¡Generación incrédula!
¿Hasta cuándo estaré con ustedes? ¿Hasta cuándo
tendré que soportarlos? Tráiganmelo».
20 Se lo llevaron. Cuando el espíritu vio a Jesús,
enseguida sacudió violentamente al muchacho,
que cayó al suelo y se revolcaba echando
espuma.
21 Jesús preguntó a su padre: «¿Cuánto tiempo
hace que le sucede esto?». Él respondió: «Desde
niño.
22 Muchas veces lo ha arrojado al fuego y al
agua para matarlo. Pero, si puedes hacer algo,
ten compasión de nosotros y ayúdanos».

23 Jesús le dijo: «¿Eso de “si puedes”? Todo es
posible para el que cree».
24 Enseguida el padre del niño gritó: «¡Creo!
¡Ayúdame en mi incredulidad!».
25 Al ver que la multitud acudía corriendo,
Jesús reprendió al espíritu impuro, diciéndole:
«Espíritu mudo y sordo, yo te ordeno: sal de él y
no vuelvas a entrar en él».
26 El espíritu gritó, sacudió al muchacho con
gran violencia y salió. El muchacho quedó como
muerto, de modo que la mayoría decía: «Ha
muerto».
27 Pero Jesús lo tomó de la mano, lo levantó, y
él se puso de pie.
28 Cuando Jesús entró en una casa, sus
discípulos le preguntaron en privado: «¿Por qué
nosotros no pudimos expulsarlo?».
29 Él les dijo: «Esta clase no puede salir con
nada, sino con oración».

Jesús anuncia de nuevo su muerte y resurrección
Mateo 17:22–23; Lucas 9:43–45 (el anuncio después del asombro de la multitud).

30 Salieron de allí y atravesaban Galilea. Jesús
no quería que nadie lo supiera,
31 porque estaba enseñando a sus discípulos.
Les decía: «El Hijo del Hombre es entregado en
manos de hombres, y lo matarán; después de
que lo maten, resucitará a los tres días».
32 Pero ellos no entendían esas palabras y
tenían miedo de preguntarle.

¿Quién es el mayor?
Mateo 18:1–5; Lucas 9:46–48

33 Llegaron a Capernaúm. Cuando estuvo en
casa, les preguntó: «¿Qué discutían en el
camino?».
34 Ellos guardaban silencio, porque en el
camino habían discutido entre sí quién era el
mayor.
35 Jesús se sentó, llamó a los Doce y les dijo:
«Si alguien quiere ser el primero, será el último
de todos y el servidor de todos».
36 Tomó a un niño, lo puso en medio de ellos y,
abrazándolo, les dijo:
37 «Quien recibe en mi nombre a uno de estos
niños, me recibe a mí; y quien me recibe a mí,
no me recibe a mí, sino al que me envió».

Jesús corrige la exclusión de otro servidor
Lucas 9:49–50

38 Juan le dijo: «Maestro, vimos a alguien que
expulsaba demonios en tu nombre, que no nos
sigue, y tratábamos de impedírselo porque no
nos seguía».
39 Pero Jesús dijo: «No se lo impidan, porque
nadie que haga un milagro en mi nombre podrá
enseguida hablar mal de mí.
40 Porque quien no está contra nosotros está a
favor de nosotros.
41 Quien les dé a beber un vaso de agua en mi
nombre, porque ustedes son de Cristo, en
verdad les digo que no perderá su recompensa.

La gravedad de hacer tropezar y de ceder al pecado
Mateo 18:6–9; Lucas 17:1–2 (la advertencia sobre los pequeños).

42 Y a quien haga tropezar a uno de estos
pequeños que creen en mí, más le valdría que le
pusieran al cuello una piedra de molino movida
por un asno y lo arrojaran al mar.
43 Si tu mano te hace tropezar, córtatela. Más te
vale entrar manco en la vida que ir con las dos
manos al infierno, al fuego que no se apaga,
44 [donde su gusano no muere y el fuego no se
apaga.]
45 Y si tu pie te hace tropezar, córtatelo. Más te
vale entrar cojo en la vida que ser arrojado con
los dos pies al infierno,
46 [donde su gusano no muere y el fuego no se
apaga.]
47 Y si tu ojo te hace tropezar, sácatelo. Más te
vale entrar con un solo ojo en el reino de Dios
que ser arrojado con los dos ojos al infierno,
48 donde su gusano no muere y el fuego no se
apaga.
49 Porque todos serán salados con fuego.
50 La sal es buena; pero, si la sal se vuelve
insípida, ¿con qué le devolverán el sabor?
Tengan sal en ustedes mismos y vivan en paz
unos con otros».

10

Jesús enseña sobre el divorcio
Paralelo: Mateo 19:1–12. Enseñanza relacionada: Lucas 16:18.

1 Jesús salió de allí y fue a la región de Judea y
al otro lado del Jordán. Otra vez se reunieron
multitudes a su alrededor y, como
acostumbraba, les enseñaba.

2 Se acercaron unos fariseos y, para ponerlo a
prueba, le preguntaban si le estaba permitido a
un hombre divorciarse de su esposa.
3 Él les respondió: «¿Qué les mandó Moisés?».
4 Ellos dijeron: «Moisés permitió escribir un
certificado de divorcio y despedirla».
5 Jesús les dijo: «Por la dureza de su corazón
les escribió este mandamiento.
6 Pero desde el principio de la creación, “los
hizo hombre y mujer”.
7 “Por eso dejará el hombre a su padre y a su
madre, se unirá a su esposa,
8 y los dos serán una sola carne”. Así que ya no
son dos, sino una sola carne.
9 Por tanto, lo que Dios ha unido, que no lo
separe el hombre».

10 En la casa, los discípulos volvieron a
preguntarle sobre esto.
11 Él les dijo: «Quien se divorcia de su esposa y
se casa con otra comete adulterio contra ella.
12 Y si ella se divorcia de su esposo y se casa
con otro, comete adulterio».

Jesús bendice a los niños
Mateo 19:13–15; Lucas 18:15–17

13 Le llevaban niños para que los tocara, pero
los discípulos reprendían a quienes los llevaban.
14 Al verlo, Jesús se indignó y les dijo: «Dejen a
los niños venir a mí; no se lo impidan, porque
de los que son como ellos es el reino de Dios.
15 En verdad les digo: quien no reciba el reino
de Dios como un niño jamás entrará en él».

16 Los abrazaba y los bendecía, poniendo las
manos sobre ellos.

El joven rico
Mateo 19:16–30; Lucas 18:18–30

17 Cuando salía para seguir su camino, un
hombre llegó corriendo, se arrodilló ante él y le
preguntó: «Maestro bueno, ¿qué debo hacer para
heredar la vida eterna?».
18 Jesús le dijo: «¿Por qué me llamas bueno?
Nadie es bueno sino uno solo: Dios.
19 Conoces los mandamientos: "No mates, no
cometas adulterio, no robes, no des falso
testimonio, no defraudes, honra a tu padre y a
tu madre"».
20 Él le dijo: «Maestro, todo esto lo he cumplido
desde mi juventud».
21 Jesús lo miró, lo amó y le dijo: «Una cosa te
falta: ve, vende todo lo que tienes y dalo a los
pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. Luego
ven y sígueme».
22 Pero él se entristeció por estas palabras y se
fue afligido, porque tenía muchas posesiones.

Las riquezas y la entrada en el reino
Mateo 19:23–30; Lucas 18:24–30

23 Jesús miró alrededor y dijo a sus discípulos:
«¡Qué difícil será para los que tienen riquezas
entrar en el reino de Dios!».
24 Los discípulos se asombraban de sus
palabras. Pero Jesús volvió a decirles: «Hijos,
¡qué difícil es entrar en el reino de Dios!
25 Es más fácil que un camello pase por el ojo
de una aguja que un rico entre en el reino de
Dios».

26 Ellos estaban aún más asombrados y se
decían unos a otros: «Entonces, ¿quién puede
salvarse?».
27 Jesús los miró y dijo: «Para los hombres es
imposible, pero no para Dios, porque para Dios
todo es posible».

28 Pedro comenzó a decirle: «Mira, nosotros lo
hemos dejado todo y te hemos seguido».
29 Jesús dijo: «En verdad les digo que no hay
nadie que haya dejado casa, hermanos,
hermanas, madre, padre, hijos o campos por
causa de mí y del evangelio,
30 que no reciba cien veces más ahora, en este
tiempo: casas, hermanos, hermanas, madres,
hijos y campos, junto con persecuciones; y en la
era venidera, la vida eterna.
31 Pero muchos primeros serán últimos, y los
últimos, primeros».

Jesús anuncia otra vez su muerte y resurrección
Mateo 20:17–19; Lucas 18:31–34

32 Iban por el camino subiendo a Jerusalén, y
Jesús iba delante de ellos. Estaban asombrados,
y los que lo seguían tenían miedo. Tomó de
nuevo aparte a los Doce y comenzó a decirles lo
que iba a sucederle:
33 «Miren, subimos a Jerusalén, y el Hijo del
Hombre será entregado a los principales
sacerdotes y a los escribas. Lo condenarán a
muerte y lo entregarán a los gentiles.
34 Se burlarán de él, lo escupirán, lo azotarán y
lo matarán; y después de tres días resucitará».

La petición de Jacobo y Juan
Mateo 20:20–28

35 Jacobo y Juan, los hijos de Zebedeo, se le
acercaron y le dijeron: «Maestro, queremos que
hagas por nosotros lo que te pidamos».
36 Él les dijo: «¿Qué quieren que haga por
ustedes?».
37 Ellos le dijeron: «Concédenos sentarnos en
tu gloria, uno a tu derecha y otro a tu izquierda».
38 Jesús les dijo: «No saben lo que piden.
¿Pueden beber la copa que yo bebo, o ser
bautizados con el bautismo con que yo soy
bautizado?».
39 Ellos le respondieron: «Podemos». Jesús les
dijo: «Beberán la copa que yo bebo y serán
bautizados con el bautismo con que yo soy
bautizado.
40 Pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda
no me corresponde concederlo; está reservado
para aquellos para quienes se ha preparado».
41 Cuando los otros diez lo oyeron,
comenzaron a indignarse contra Jacobo y Juan.
42 Jesús los llamó y les dijo: «Saben que los
que son considerados gobernantes de las
naciones las dominan, y sus grandes ejercen
autoridad sobre ellas.
43 Pero entre ustedes no es así; quien quiera
hacerse grande entre ustedes será su servidor,
44 y quien quiera ser el primero entre ustedes
será esclavo de todos.
45 Porque el Hijo del Hombre tampoco vino
para ser servido, sino para servir y dar su vida
como rescate por muchos».

El ciego Bartimeo recibe la vista
Mateo 20:29–34; Lucas 18:35–43

46 Llegaron a Jericó. Cuando Jesús salía de
Jericó con sus discípulos y una gran multitud,
Bartimeo, hijo de Timeo, un mendigo ciego,
estaba sentado junto al camino.
47 Al oír que era Jesús el nazareno, comenzó a
gritar: «¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de
mí!».
48 Muchos lo reprendían para que se callara,
pero él gritaba mucho más: «¡Hijo de David, ten
compasión de mí!».
49 Jesús se detuvo y dijo: «Llámenlo».
Llamaron al ciego, diciéndole: «¡Ánimo!
Levántate, te llama».
50 Él arrojó su manto, se levantó de un salto y
fue a Jesús.
51 Jesús le preguntó: «¿Qué quieres que haga
por ti?». El ciego le dijo: «Raboní, que recobre la
vista».
52 Jesús le dijo: «Vete; tu fe te ha salvado».
Enseguida recobró la vista y lo seguía por el
camino.

11

La entrada triunfal en Jerusalén
Mateo 21:1–11; Lucas 19:28–40; Juan 12:12–19

1 Cuando se acercaban a Jerusalén, a Betfagé y
a Betania, junto al monte de los Olivos, Jesús
envió a dos de sus discípulos
2 y les dijo: «Vayan a la aldea que está frente a
ustedes. En cuanto entren en ella, encontrarán

un burrito atado, en el que nadie ha montado
todavía. Desátenlo y tráiganlo.
3 Si alguien les pregunta: "¿Por qué hacen
esto?", digan: "El Señor lo necesita y enseguida lo
devolverá aquí"».
4 Ellos fueron y encontraron un burrito atado
junto a una puerta, afuera, en la calle, y lo
desataron.
5 Algunos de los que estaban allí les decían:
«¿Qué hacen desatando el burrito?».
6 Ellos les respondieron como Jesús les había
dicho, y los dejaron ir.
7 Llevaron el burrito a Jesús, pusieron sobre él
sus mantos, y Jesús se montó en él.
8 Muchos extendían sus mantos en el camino, y
otros, ramas que habían cortado en los campos.
9 Los que iban delante y los que seguían detrás
gritaban: «¡Hosanna!
¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!
10 ¡Bendito el reino que viene, el de nuestro
padre David!
¡Hosanna en las alturas!».
11 Jesús entró en Jerusalén, en el templo, y lo
observó todo alrededor. Como ya era tarde, salió
hacia Betania con los Doce.

Maldición de la higuera estéril
Mateo 21:18–19

12 Al día siguiente, cuando salieron de Betania,
tuvo hambre.
13 Vio de lejos una higuera con hojas y se
acercó para ver si encontraba algo en ella.
Cuando llegó, no encontró más que hojas,
porque no era tiempo de higos.

14 Entonces le dijo: «¡Que nunca jamás vuelva
nadie a comer fruto de ti!». Y sus discípulos lo
oían.

Purificación del templo
Mateo 21:12–17; Lucas 19:45–48. Relación temática: Juan 2:13–22

15 Llegaron a Jerusalén. Jesús entró en el
templo y comenzó a expulsar a los que vendían
y a los que compraban en el templo. Volcó las
mesas de los cambistas y los asientos de los
vendedores de palomas,
16 y no permitía que nadie atravesara el
templo llevando utensilio alguno.
17 Les enseñaba y les decía: «¿No está escrito:
“Mi casa será llamada casa de oración para todas
las naciones”? Pero ustedes la han convertido en
cueva de bandidos».
18 Los principales sacerdotes y los escribas lo
oyeron y buscaban cómo matarlo, porque le
tenían miedo, pues toda la multitud se
asombraba de su enseñanza.
19 Cuando llegaba el atardecer, salían de la
ciudad.

La higuera maldecida se seca
Mateo 21:19–22

20 Por la mañana, al pasar, vieron que la
higuera se había secado desde las raíces.
21 Pedro se acordó y le dijo: «Rabí, mira, la
higuera que maldijiste se ha secado».

La fe, la oración y el perdón
Mateo 21:21–22

22 Jesús les respondió: «Tengan fe en Dios.

23 En verdad les digo que quien diga a este
monte: “Levántate y arrójate al mar”, y no dude
en su corazón, sino que crea que sucede lo que
dice, lo obtendrá.
24 Por eso les digo: todo lo que pidan en
oración, crean que lo han recibido, y lo tendrán.
25 Y cuando estén de pie orando, si tienen algo
contra alguien, perdónenlo, para que también su
Padre que está en los cielos les perdone sus
ofensas.
26 [Pero si ustedes no perdonan, tampoco su
Padre que está en los cielos perdonará sus
ofensas».]

La autoridad de Jesús
Mateo 21:23–27; Lucas 20:1–8

27 Llegaron de nuevo a Jerusalén. Mientras
Jesús caminaba por el templo, se le acercaron
los principales sacerdotes, los escribas y los
ancianos
28 y le preguntaban: «¿Con qué autoridad
haces estas cosas? ¿O quién te dio esta autoridad
para hacerlas?».
29 Jesús les dijo: «Les haré una pregunta.
Respóndanme, y les diré con qué autoridad hago
estas cosas.
30 El bautismo de Juan, ¿era del cielo o de los
seres humanos? Respóndanme».
31 Ellos discutían entre sí: «¿Qué diremos? Si
decimos “Del cielo”, dirá: “Entonces, ¿por qué no
le creyeron?”.
32 Pero ¿diremos “De los seres humanos”?».
Temían a la multitud, porque todos

consideraban que Juan había sido
verdaderamente un profeta.
33 Así que respondieron a Jesús: «No
sabemos». Jesús les dijo: «Tampoco yo les digo
con qué autoridad hago estas cosas».

12

Los labradores malvados
Mateo 21:33–46; Lucas 20:9–19

1 Comenzó a hablarles en parábolas: «Un
hombre plantó una viña, la rodeó con una cerca,
cavó una pileta para el lagar y construyó una
torre. Luego la arrendó a unos labradores y se
fue de viaje.
2 A su debido tiempo envió un esclavo a los
labradores para recibir de ellos parte del fruto
de la viña.
3 Pero ellos lo agarraron, lo golpearon y lo
enviaron con las manos vacías.
4 De nuevo les envió otro esclavo, y a este lo
hirieron en la cabeza y lo insultaron.
5 Envió a otro, y a este lo mataron. Envió
también a muchos otros: a unos los golpearon y
a otros los mataron.
6 Todavía le quedaba uno: un hijo amado. Por
último se lo envió, diciendo: “Respetarán a mi
hijo”.
7 Pero aquellos labradores se dijeron unos a
otros: “Este es el heredero. Vengan, matémoslo, y
la herencia será nuestra”.
8 Lo agarraron, lo mataron y lo echaron fuera
de la viña.

9 ¿Qué hará el dueño de la viña? Vendrá,
destruirá a los labradores y dará la viña a otros.
10 ¿Ni siquiera han leído esta Escritura:
"La piedra que rechazaron los constructores se
ha convertido en la piedra angular;
11 esto lo ha hecho el Señor, y es maravilloso a
nuestros ojos"?».
12 Intentaban arrestarlo, pero temían a la
multitud, pues habían comprendido que había
dicho aquella parábola contra ellos. Así que lo
dejaron y se fueron.

La cuestión del tributo
Mateo 22:15–22; Lucas 20:20–26

13 Le enviaron a algunos de los fariseos y de
los herodianos para atraparlo en lo que dijera.
14 Llegaron y le dijeron: «Maestro, sabemos
que eres veraz y no te dejas influir por nadie,
pues no haces favoritismos, sino que enseñas
con verdad el camino de Dios. ¿Es lícito pagar el
impuesto al César o no? ¿Debemos pagarlo o no
pagarlo?».
15 Él, conociendo su hipocresía, les dijo: «¿Por
qué me ponen a prueba? Tráiganme una
moneda romana para que la vea».
16 Se la trajeron, y él les preguntó: «¿De quién
son esta imagen y la inscripción?». Ellos
respondieron: «Del César».
17 Jesús les dijo: «Den al César lo que es del
César, y a Dios lo que es de Dios». Y se
asombraban mucho de él.

La pregunta sobre la resurrección
Mateo 22:23–33; Lucas 20:27–40

18 Se le acercaron unos saduceos, que dicen
que no hay resurrección, y le preguntaron:
19 «Maestro, Moisés nos escribió que, si el
hermano de alguien muere y deja esposa pero
no deja ningún hijo, su hermano debe casarse
con la mujer y dar descendencia a su hermano.
20 Había siete hermanos. El primero se casó y
murió sin dejar descendencia.
21 El segundo se casó con ella y murió sin dejar
descendencia; y lo mismo el tercero.
22 Ninguno de los siete dejó descendencia. Por
último, después de todos, murió también la
mujer.
23 En la resurrección, cuando resuciten, ¿de
cuál de ellos será esposa? Porque los siete la
tuvieron por esposa».

24 Jesús les dijo: «¿No están equivocados
precisamente porque no conocen las Escrituras
ni el poder de Dios?
25 Porque cuando resuciten de entre los
muertos, ni se casarán ni serán dados en
matrimonio, sino que serán como los ángeles en
los cielos.
26 En cuanto a que los muertos resucitan, ¿no
han leído en el libro de Moisés, en el pasaje de la
zarza, cómo Dios le dijo: “Yo soy el Dios de
Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob”?
27 Él no es Dios de muertos, sino de vivos.
Están muy equivocados».

El gran mandamiento
Mateo 22:34–40

28 Uno de los escribas que los había oído
discutir se acercó y, viendo que les había
respondido bien, le preguntó: «¿Cuál es el
primero de todos los mandamientos?».
29 Jesús respondió: «El primero es: "Escucha,
Israel: el Señor nuestro Dios, el Señor es uno;
30 y amarás al Señor tu Dios con todo tu
corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y
con todas tus fuerzas".
31 El segundo es este: "Amarás a tu prójimo
como a ti mismo". No hay otro mandamiento
mayor que estos».
32 El escriba le dijo: «Bien, Maestro. Has dicho
con verdad que él es uno y que no hay otro fuera
de él,
33 y que amarlo con todo el corazón, con todo
el entendimiento y con todas las fuerzas, y amar
al prójimo como a uno mismo, vale más que
todos los holocaustos y sacrificios».
34 Jesús, al ver que había respondido con
sensatez, le dijo: «No estás lejos del reino de
Dios». Y ya nadie se atrevía a preguntarle nada.

¿De quién es hijo el Cristo?
Mateo 22:41–46; Lucas 20:41–44

35 Mientras enseñaba en el templo, Jesús tomó
la palabra y dijo: «¿Cómo dicen los escribas que
el Cristo es hijo de David?
36 El mismo David dijo por el Espíritu Santo:
"El Señor le dijo a mi Señor: 'Siéntate a mi
derecha, hasta que ponga a tus enemigos
debajo de tus pies' ".

37 David mismo lo llama Señor; ¿cómo,
entonces, es su hijo?». Y la gran multitud lo
escuchaba con agrado.

Jesús acusa a los escribas
Mateo 23:1–36; Lucas 20:45–47. Relación temática: Lucas 11:37–54

38 En su enseñanza decía: «Cuídense de los
escribas, a quienes les gusta pasearse con largas
túnicas, recibir saludos en las plazas
39 y ocupar los primeros asientos en las
sinagogas y los lugares de honor en los
banquetes.
40 Devoran las casas de las viudas y hacen
largas oraciones para aparentar. Estos recibirán
una condenación más severa».

La ofrenda de la viuda
Lucas 21:1–4

41 Sentado frente a la caja de las ofrendas,
observaba cómo la gente depositaba dinero en
ella. Muchos ricos echaban grandes cantidades.
42 Llegó una viuda pobre y echó dos monedas
pequeñas, equivalentes a un cuadrante.
43 Entonces llamó a sus discípulos y les dijo:
«En verdad les digo que esta viuda pobre ha
echado más que todos los que depositan en la
caja de las ofrendas,
44 porque todos han dado de lo que les sobra,
pero ella, de su pobreza, ha echado todo lo que
tenía, todo su sustento».

13

Jesús predice la destrucción del templo
Mateo 24:1–2; Lucas 21:5–6

1 Cuando Jesús salía del templo, uno de sus
discípulos le dijo: «Maestro, mira qué piedras y
qué edificios».
2 Jesús le dijo: «¿Ves estos grandes edificios?
No quedará aquí piedra sobre piedra que no sea
derribada».

Señales antes del fin
Mateo 24:3–28; Lucas 21:7–24. Relación temática: Lucas 17:22–24

3 Estaba sentado en el monte de los Olivos,
frente al templo, cuando Pedro, Jacobo, Juan y
Andrés le preguntaron en privado:
4 «Dinos, ¿cuándo sucederán estas cosas? ¿Y
qué señal habrá cuando todo esto esté por
cumplirse?».
5 Jesús comenzó a decirles: «Tengan cuidado
de que nadie los engañe.
6 Muchos vendrán en mi nombre, diciendo:
“Yo soy”, y engañarán a muchos.
7 Cuando oigan de guerras y rumores de
guerras, no se alarmen; tiene que suceder, pero
todavía no es el fin.
8 Porque se levantará nación contra nación y
reino contra reino. Habrá terremotos en
diversos lugares y habrá hambres. Estas cosas
son el comienzo de los dolores de parto.

Testimonio y perseverancia en la persecución
Lucas 21:12–19. Enseñanza relacionada: Mateo 10:17–22

9 Pero ustedes estén atentos a sí mismos. Los
entregarán a los tribunales, serán golpeados en
las sinagogas y comparecerán ante
gobernadores y reyes por causa de mí, para dar
testimonio ante ellos.
10 Y primero es necesario que el evangelio sea
proclamado a todas las naciones.
11 Cuando los lleven para entregarlos, no se
preocupen de antemano por lo que van a decir;
digan lo que se les dé en aquella hora, porque no
son ustedes los que hablan, sino el Espíritu Santo.
12 El hermano entregará a su hermano a la
muerte, y el padre a su hijo; los hijos se
levantarán contra sus padres y harán que los
maten.
13 Todos los odiarán por causa de mi nombre,
pero quien persevere hasta el fin será salvo.
14 Cuando vean la abominación desoladora de
pie donde no debe estar —que el lector
entienda—, entonces los que estén en Judea
huyan a los montes.
15 El que esté en la azotea no baje ni entre a
sacar nada de su casa,
16 y el que esté en el campo no vuelva atrás a
recoger su manto.
17 ¡Ay de las que estén embarazadas y de las
que estén amamantando en aquellos días!
18 Oren para que no suceda en invierno.
19 Porque aquellos días serán de una
tribulación como no la ha habido desde el
principio de la creación que Dios creó hasta
ahora, ni jamás la habrá.
20 Si el Señor no hubiera acortado aquellos
días, nadie se salvaría; pero, por causa de los

elegidos que él escogió, ha acortado los días.
21 Entonces, si alguien les dice: “Miren, aquí
está el Cristo”, o: “Miren, está allí”, no lo crean.
22 Porque surgirán falsos cristos y falsos
profetas, y harán señales y prodigios para
extraviar, si fuera posible, a los elegidos.
23 Pero ustedes estén atentos. Se lo he
anunciado todo de antemano.

La venida del Hijo del Hombre
Mateo 24:29–44; Lucas 21:25–36

24 En aquellos días, después de aquella
tribulación, el sol se oscurecerá y la luna no dará
su luz;
25 las estrellas caerán del cielo y los poderes
que están en los cielos serán sacudidos.
26 Entonces verán al Hijo del Hombre venir en
las nubes con gran poder y gloria.
27 Y entonces enviará a los ángeles y reunirá a
los elegidos de los cuatro vientos, desde el
extremo de la tierra hasta el extremo del cielo.
28 Aprendan de la higuera esta parábola:
cuando su rama ya se pone tierna y brotan las
hojas, saben que el verano está cerca.
29 Así también ustedes, cuando vean suceder
estas cosas, sepan que está cerca, a las puertas.
30 En verdad les digo que no pasará esta
generación hasta que todo esto suceda.
31 El cielo y la tierra pasarán, pero mis
palabras jamás pasarán.

La espera vigilante
Mateo 24:36–44. Enseñanza relacionada: Lucas 12:35–40

32 Pero acerca de aquel día o de la hora nadie
sabe, ni los ángeles en el cielo ni el Hijo, sino el
Padre.
33 Estén atentos y manténganse despiertos,
porque no saben cuándo es el momento.
34 Es como un hombre que se va de viaje, deja
su casa, da autoridad a sus esclavos, a cada uno
su tarea, y manda al portero que esté vigilante.
35 Por eso velen, porque no saben cuándo
viene el dueño de la casa: si al anochecer, a
medianoche, al canto del gallo o al amanecer;
36 no sea que llegue de repente y los encuentre
dormidos.
37 Lo que les digo a ustedes se lo digo a todos:
¡velen!».

14

El complot para prender a Jesús
Mateo 26:1–5; Lucas 22:1–2. Antecedente: Juan 11:45–53

1 Faltaban dos días para la Pascua y los Panes
sin Levadura. Los principales sacerdotes y los
escribas buscaban cómo apresar a Jesús con
engaño y matarlo.
2 Porque decían: «Durante la fiesta no, para
que no se produzca un alboroto en el pueblo».

Jesús es ungido en Betania
Mateo 26:6–13. Relato relacionado: Juan 12:1–8

3 Mientras Jesús estaba en Betania, en casa de
Simón el leproso, sentado a la mesa, llegó una
mujer con un frasco de alabastro lleno de

perfume de nardo puro, muy costoso. Rompió el
frasco y derramó el perfume sobre su cabeza.
4 Algunos se indignaban entre sí: «¿Para qué
se ha hecho este desperdicio de perfume?
5 Podía haberse vendido por más del salario
de un año, aproximadamente, y haberse dado a
los pobres». Y la reprendían severamente.
6 Pero Jesús dijo: «Déjenla. ¿Por qué la
molestan? Ha hecho una buena obra conmigo.
7 Porque a los pobres los tienen siempre con
ustedes, y pueden hacerles bien cuando quieran;
pero a mí no me tendrán siempre.
8 Ella ha hecho lo que podía: se ha anticipado
a perfumar mi cuerpo para la sepultura.
9 En verdad les digo que, dondequiera que se
proclame el evangelio en todo el mundo,
también se contará lo que ella ha hecho, en
memoria de ella».

Judas ofrece entregar a Jesús
Mateo 26:14–16; Lucas 22:3–6

10 Judas Iscariote, uno de los Doce, fue a los
principales sacerdotes para entregarles a Jesús.
11 Ellos, al oírlo, se alegraron y prometieron
darle dinero. Y él buscaba cómo entregarlo en el
momento oportuno.

Institución de la Cena del Señor

Preparativos para la Pascua
Mateo 26:17–29; Lucas 22:7–23. Anuncio de la entrega: Juan 13:21–30. Enseñanza relacionada: 1 Corintios 11:23–26

12 El primer día de los Panes sin Levadura,
cuando sacrificaban el cordero de la Pascua, sus

discípulos le preguntaron: «¿Dónde quieres que
vayamos a preparar para que comas la Pascua?».
13 Él envió a dos de sus discípulos y les dijo:
«Vayan a la ciudad. Les saldrá al encuentro un
hombre que lleva un cántaro de agua; síganlo.
14 Donde entre, digan al dueño de la casa: "El
Maestro dice: ¿Dónde está mi cuarto de
huéspedes, donde he de comer la Pascua con
mis discípulos?".
15 Él les mostrará una sala grande en el piso de
arriba, amueblada y preparada. Preparen allí
para nosotros».
16 Los discípulos salieron, fueron a la ciudad y
encontraron todo como él les había dicho; y
prepararon la Pascua.

La traición anunciada
Mateo 26:20–25; Lucas 22:21–23; Juan 13:21–30

17 Al atardecer, Jesús llegó con los Doce.
18 Mientras estaban a la mesa y comían, Jesús
dijo: «En verdad les digo que uno de ustedes,
que come conmigo, me entregará».
19 Ellos comenzaron a entristecerse y a
preguntarle uno por uno: «¿Acaso soy yo?».
20 Él les dijo: «Es uno de los Doce, el que moja
conmigo en el plato.
21 Porque el Hijo del Hombre se va tal como
está escrito de él; pero ¡ay de aquel hombre por
quien el Hijo del Hombre es entregado! Más le
valdría a ese hombre no haber nacido».

El pan y la copa
Mateo 26:26–29; Lucas 22:14–20; 1 Corintios 11:23–26

22 Mientras comían, tomó pan, pronunció la
bendición, lo partió y se lo dio, diciendo:
«Tomen; esto es mi cuerpo».
23 Luego tomó una copa, dio gracias y se la dio;
y todos bebieron de ella.
24 Les dijo: «Esta es mi sangre del pacto, que
es derramada por muchos.
25 En verdad les digo que ya no beberé del
fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba
nuevo en el reino de Dios».

Jesús anuncia la negación de Pedro
Mateo 26:30–35; Lucas 22:31–34; Juan 13:36–38

26 Después de cantar un himno, salieron al
monte de los Olivos.
27 Jesús les dijo: «Todos tropezarán, porque
está escrito: “Heriré al pastor, y las ovejas serán
dispersadas”.
28 Pero después de resucitar, iré delante de
ustedes a Galilea».
29 Pedro le dijo: «Aunque todos tropiecen, yo
no».
30 Jesús le dijo: «En verdad te digo que tú, hoy,
esta misma noche, antes de que el gallo cante
dos veces, me negarás tres veces».
31 Pero él insistía con mayor fuerza: «Aunque
tenga que morir contigo, jamás te negaré». Y
todos decían lo mismo.

Jesús ora en Getsemaní
Mateo 26:36–46; Lucas 22:39–46

32 Llegaron a un lugar llamado Getsemaní, y
Jesús dijo a sus discípulos: «Siéntense aquí
mientras oro».

33 Se llevó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan, y
comenzó a sentirse sobrecogido y angustiado.
34 Les dijo: «Mi alma está profundamente
triste, hasta la muerte. Quédense aquí y velen».
35 Se adelantó un poco, cayó a tierra y oraba
que, si fuera posible, pasara de él aquella hora.
36 Decía: «Abba, Padre, todo te es posible.
Aparta de mí esta copa; pero que no sea lo que
yo quiero, sino lo que tú quieres».
37 Volvió y los encontró dormidos. Le dijo a
Pedro: «Simón, ¿estás durmiendo? ¿No pudiste
velar ni una hora?
38 Velen y oren para que no entren en
tentación. El espíritu está dispuesto, pero la
carne es débil».
39 Volvió a alejarse y oró diciendo las mismas
palabras.
40 Cuando volvió, los encontró otra vez
dormidos, porque tenían los ojos cargados de
sueño, y no sabían qué responderle.
41 Vino por tercera vez y les dijo: «Duerman ya
y descansen. ¡Basta! Ha llegado la hora. Miren,
el Hijo del Hombre es entregado en manos de
los pecadores.
42 ¡Levántense, vamos! Miren, el que me
entrega está cerca».

Arresto de Jesús
Mateo 26:47–56; Lucas 22:47–53; Juan 18:2–11

43 Enseguida, mientras él todavía hablaba,
llegó Judas, uno de los Doce, y con él una
multitud con espadas y palos, enviada por los

principales sacerdotes, los escribas y los ancianos.
44 El que lo entregaba les había dado una
señal: «Al que yo bese, ese es. Aprésenlo y
llévenselo bien custodiado».
45 En cuanto llegó, se acercó a Jesús y le dijo:
«¡Rabí!». Y lo besó.
46 Ellos le echaron mano y lo apresaron.
47 Pero uno de los que estaban allí sacó su
espada, hirió al siervo del sumo sacerdote y le
cortó la oreja.
48 Jesús les dijo: «¿Han salido con espadas y
palos para apresarme, como si fuera un
bandido?
49 Todos los días estaba con ustedes enseñando
en el templo y no me apresaron. Pero esto
sucede para que se cumplan las Escrituras».
50 Todos lo abandonaron y huyeron.

El joven que huyó

51 Un joven lo seguía, cubierto solo con un
lienzo sobre el cuerpo desnudo, y lo apresaron.
52 Pero él dejó el lienzo y huyó desnudo.

Jesús ante el concilio

Mateo 26:57–68. Relatos relacionados: Lucas 22:54–55; Lucas 22:63–71; Juan 18:12–14; Juan 18:19–24

53 Llevaron a Jesús ante el sumo sacerdote, y
se reunieron todos los principales sacerdotes,
los ancianos y los escribas.
54 Pedro lo siguió de lejos hasta dentro del
patio del sumo sacerdote y estaba sentado con
los guardias, calentándose al fuego.

55 Los principales sacerdotes y todo el
Sanedrín buscaban testimonio contra Jesús para
darle muerte, pero no lo encontraban.
56 Porque muchos daban falso testimonio
contra él, pero sus testimonios no coincidían.
57 Algunos se levantaron y dieron falso
testimonio contra él, diciendo:
58 «Nosotros lo oímos decir: "Yo destruiré este
santuario hecho por manos humanas y en tres
días construiré otro que no será hecho por
manos humanas"».
59 Pero ni siquiera así coincidía su testimonio.
60 El sumo sacerdote se levantó en medio y
preguntó a Jesús: «¿No respondes nada? ¿Qué es
esto que testifican contra ti?».
61 Pero él guardaba silencio y no respondió
nada. El sumo sacerdote volvió a preguntarle:
«¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?».
62 Jesús dijo: «Yo soy. Y verán al Hijo del
Hombre sentado a la derecha del Poder y
viniendo con las nubes del cielo».
63 El sumo sacerdote se rasgó las túnicas y dijo:
«¿Qué necesidad tenemos ya de testigos?
64 Han oído la blasfemia. ¿Qué les parece?».
Todos lo condenaron como merecedor de
muerte.
65 Algunos comenzaron a escupirle, a cubrirle
el rostro y a darle puñetazos, diciéndole:
«¡Profetiza!». Y los guardias lo recibieron a
bofetadas.

Pedro niega a Jesús
Mateo 26:69–75; Lucas 22:55–62; Juan 18:15–18; Juan 18:25–27

66 Mientras Pedro estaba abajo, en el patio,
llegó una de las criadas del sumo sacerdote.
67 Al ver a Pedro calentándose, lo miró
fijamente y dijo: «Tú también estabas con Jesús
el nazareno».
68 Pero él lo negó, diciendo: «No sé ni entiendo
de qué hablas». Salió afuera, al vestíbulo, y cantó
un gallo.
69 La criada lo vio y comenzó otra vez a decir a
los que estaban allí: «Este es uno de ellos».
70 Él lo negaba de nuevo. Poco después, los
que estaban allí volvieron a decir a Pedro: «Sin
duda eres uno de ellos, porque también eres
galileo y tu manera de hablar es semejante».
71 Pero él comenzó a maldecir y a jurar: «No
conozco a ese hombre de quien hablan».
72 Enseguida cantó un gallo por segunda vez.
Pedro recordó lo que Jesús le había dicho:
«Antes de que el gallo cante dos veces, me
negarás tres veces». Y se echó a llorar.

15

Jesús ante Pilato
Mateo 27:1–2; Mateo 27:11–14; Lucas 23:1–5; Juan 18:28–38

1 Muy de mañana, los principales sacerdotes,
junto con los ancianos, los escribas y todo el
Sanedrín, deliberaron, ataron a Jesús, se lo
llevaron y lo entregaron a Pilato.
2 Pilato le preguntó: «¿Eres tú el rey de los
judíos?». Él le respondió: «Tú lo dices».

3 Los principales sacerdotes lo acusaban de
muchas cosas.
4 Pilato volvió a preguntarle: «¿No respondes
nada? Mira de cuántas cosas te acusan».
5 Pero Jesús ya no respondió nada, de modo
que Pilato se asombraba.

Jesús sentenciado a muerte
Mateo 27:15–31; Lucas 23:13–25; Juan 18:38–40; Juan 19:1–16

6 Durante la fiesta, les ponía en libertad a un
preso, el que ellos pidieran.
7 Había uno llamado Barrabás, encarcelado
con los rebeldes que habían cometido un
homicidio en la revuelta.
8 La multitud subió y comenzó a pedirle que
hiciera lo que acostumbraba hacer por ellos.
9 Pilato les respondió: «¿Quieren que les ponga
en libertad al rey de los judíos?».
10 Porque sabía que los principales sacerdotes
lo habían entregado por envidia.
11 Pero los principales sacerdotes incitaron a
la multitud para que les pusiera en libertad a
Barrabás en lugar de Jesús.
12 Pilato volvió a preguntarles: «Entonces, ¿qué
quieren que haga con el que llaman rey de los
judíos?».
13 Ellos volvieron a gritar: «¡Crucifícalo!».
14 Pilato les decía: «¿Pues qué mal ha hecho?».
Pero ellos gritaron aún más: «¡Crucifícalo!».
15 Pilato, queriendo satisfacer a la multitud,
les puso en libertad a Barrabás y, después de
mandar azotar a Jesús, lo entregó para que
fuera crucificado.

La burla de los soldados
Mateo 27:27–31; Juan 19:1–3

16 Los soldados lo llevaron al interior del
patio, es decir, al pretorio, y convocaron a toda
la compañía.
17 Lo vistieron de púrpura y le pusieron una
corona que habían trenzado con espinas.
18 Comenzaron a saludarlo: «¡Saludos, rey de
los judíos!».
19 Lo golpeaban en la cabeza con una caña, le
escupían y, arrodillándose, le hacían reverencias.
20 Después de burlarse de él, le quitaron la
púrpura, le pusieron su propia ropa y lo sacaron
para crucificarlo.

Crucifixión y muerte de Jesús
Mateo 27:32–56; Lucas 23:26–49; Juan 19:17–30.

21 Obligaron a uno que pasaba, Simón de
Cirene, que venía del campo y era padre de
Alejandro y de Rufo, a llevar la cruz de Jesús.
22 Lo llevaron al lugar llamado Gólgota, que
traducido significa Lugar de la Calavera.
23 Le ofrecían vino mezclado con mirra, pero
él no lo tomó.
24 Lo crucificaron y se repartieron su ropa,
echando suertes para decidir qué se llevaría
cada uno.
25 Eran las nueve de la mañana cuando lo
crucificaron.
26 La inscripción que indicaba la acusación
contra él decía: «El rey de los judíos».
27 Con él crucificaron a dos bandidos, uno a su
derecha y otro a su izquierda.

28 [Y se cumplió la Escritura que dice: «Fue
contado entre los transgresores».]
29 Los que pasaban lo insultaban, moviendo la
cabeza y diciendo: «¡Eh, tú que destruyes el
santuario y lo reconstruyes en tres días,
30 sálvate a ti mismo bajando de la cruz!».
31 También los principales sacerdotes, junto
con los escribas, se burlaban y se decían unos a
otros: «A otros salvó; a sí mismo no puede
salvarse.
32 ¡Que el Cristo, el rey de Israel, baje ahora de
la cruz, para que veamos y creamos!». También
los que estaban crucificados con él lo insultaban.

La muerte de Jesús
Mateo 27:45–56; Lucas 23:44–49; Juan 19:28–30.

33 Al mediodía hubo oscuridad sobre toda la
tierra hasta las tres de la tarde.
34 A las tres de la tarde, Jesús clamó con voz
fuerte: «Eloí, Eloí, ¿lema sabactani?», que
traducido significa: «Dios mío, Dios mío, ¿por
qué me has abandonado?».
35 Algunos de los que estaban allí, al oírlo,
decían: «Miren, está llamando a Elías».
36 Uno corrió, empapó una esponja de vinagre,
la puso en una caña y le daba de beber, diciendo:
«Esperen, veamos si viene Elías a bajarlo».
37 Jesús dio un fuerte grito y expiró.
38 La cortina del santuario se rasgó en dos, de
arriba abajo.
39 El centurión que estaba frente a él, al ver
cómo había expirado, dijo: «Verdaderamente este
hombre era Hijo de Dios».

40 También había mujeres mirando de lejos,
entre ellas María Magdalena, María la madre de
Jacobo el menor y de Josés, y Salomé.
41 Ellas lo seguían y le servían cuando estaba
en Galilea; y había muchas otras que habían
subido con él a Jerusalén.

Jesús es sepultado
Mateo 27:57–61; Lucas 23:50–56; Juan 19:38–42.

42 Ya era el atardecer y, como era el día de la
Preparación, es decir, la víspera del sábado,
43 José de Arimatea, un miembro respetado
del consejo que también esperaba el reino de
Dios, vino y se atrevió a presentarse ante Pilato
para pedir el cuerpo de Jesús.
44 Pilato se sorprendió de que ya hubiera
muerto. Llamó al centurión y le preguntó si
hacía tiempo que había muerto.
45 Después de informarse por medio del
centurión, concedió el cadáver a José.
46 José compró un lienzo, bajó a Jesús, lo
envolvió en el lienzo y lo puso en un sepulcro
excavado en la roca. Luego hizo rodar una
piedra hasta la entrada del sepulcro.
47 María Magdalena y María la madre de Josés
observaban dónde lo habían puesto.

16

La resurrección
Mateo 28:1–10; Lucas 24:1–12; Juan 20:1–10.

1 Pasado el sábado, María Magdalena, María la
madre de Jacobo y Salomé compraron especias
aromáticas para ir a ungirlo.

2 Muy de mañana, el primer día de la semana,
fueron al sepulcro cuando ya había salido el sol.
3 Se decían unas a otras: «¿Quién nos apartará
la piedra de la entrada del sepulcro?».
4 Pero al levantar la vista vieron que la piedra
había sido apartada; era muy grande.
5 Entraron en el sepulcro y vieron a un joven
sentado a la derecha, vestido con una túnica
blanca, y se alarmaron.
6 Él les dijo: «No se alarmen. Buscan a Jesús el
Nazareno, el que fue crucificado. Ha resucitado;
no está aquí. Miren el lugar donde lo pusieron.
7 Pero vayan y díganles a sus discípulos y a
Pedro que él va delante de ustedes a Galilea. Allí
lo verán, tal como les dijo».
8 Ellas salieron y huyeron del sepulcro, pues el
temblor y el asombro se habían apoderado de
ellas. No dijeron nada a nadie, porque tenían
miedo.

Jesús se aparece a María Magdalena
Juan 20:11–18.

9 [Después de resucitar muy de mañana, el
primer día de la semana, se apareció primero a
María Magdalena, de quien había expulsado
siete demonios.]
10 [Ella fue y se lo contó a los que habían
estado con él, que estaban de duelo y lloraban.]
11 [Cuando oyeron que estaba vivo y que ella
lo había visto, no creyeron.]

Jesús se aparece a dos de sus discípulos
Lucas 24:13–35.

12 [Después de esto se manifestó en otra forma
a dos de ellos que iban caminando al campo.]
13 [Ellos fueron y se lo contaron a los demás,
pero tampoco les creyeron.]

Jesús comisiona a los apóstoles
Relatos relacionados: Mateo 28:16–20; Lucas 24:36–49; Juan 20:19–23.

14 [Más tarde se manifestó a los Once mientras
estaban a la mesa, y les reprochó su
incredulidad y dureza de corazón, porque no
habían creído a los que lo habían visto
resucitado.]

El anuncio del evangelio a todas las naciones

15 [Y les dijo: «Vayan por todo el mundo y
prediquen el evangelio a toda criatura.]
16 [El que crea y sea bautizado será salvo, pero
el que no crea será condenado.]
17 [Estas señales acompañarán a los que crean:
en mi nombre expulsarán demonios y hablarán
nuevas lenguas;]
18 [tomarán serpientes, y aunque beban algo
mortífero, no les hará daño; pondrán las manos
sobre los enfermos, y estos sanarán».]

La ascensión
Lucas 24:50–53; Hechos 1:9–11.

19 [Después de hablar con ellos, el Señor Jesús
fue llevado al cielo y se sentó a la derecha de
Dios.]
20 [Ellos salieron y predicaron por todas
partes, mientras el Señor obraba con ellos y
confirmaba la palabra mediante las señales que
la acompañaban.]

Nueva Traducción BibliaTodo
The Holy Bible in Spanish, Nueva Traducción BibliaTodo translation

copyright © 2026 BibliaTodo LLC

Language: Español (Spanish)

Dialect: Latin American

Santa Biblia, Nueva Traducción BibliaTodo (NTBT). Publicada por BibliaTodo Bible Society, sello editorial de BibliaTodo LLC.
https://www.bibliatodo.org/es/ntbt/

2026-11-06

PDF generated using Haiola and XeLaTeX on 6 Nov 2026 from source files dated 6 Nov 2026
f679fc02-fe47-5e73-b7b9-74d4193a2d39